

# Aportes latinoamericanos al estudio de la comunicación

*Delia Covi Druetta*

## **Resumen**

*El presente artículo analiza los principales aportes latinoamericanos al campo del conocimiento de la comunicación. La autora divide sus reflexiones en tres grandes bloques. El primero corresponde a una perspectiva histórica, donde se examinan las contribuciones realizadas durante la segunda mitad del siglo XX. Enseguida, ubica sus reflexiones en el momento actual: la construcción de una sociedad de la información y el conocimiento, proceso en el cual destaca las aportaciones latinoamericanas desde la mirada de la comunicación. El tercer apartado tiene como propósito identificar el lugar de la comunicación en la crisis actual de las ciencias sociales, aspecto que se suma a los anteriores para constituir la plataforma a partir de la cual el trabajo destaca, a manera de cierre, los desafíos que enfrenta la comunicación como campo de conocimiento.*

## **Antecedentes**

Durante el transcurso del XV Encuentro Nacional de Investigadores de la Comunicación titulado *Comunicación y Sociedad en los albores del siglo XXI*, organizado por la Asociación Mexicana de Investigadores de la Comunicación, el cual tuvo lugar en la ciudad de Puebla los primeros días del mes de junio de 2003, fui invitada a participar en

un panel sobre *Los paradigmas comunicativos originados en América*. En aquella ocasión tuvimos oportunidad de compartir con algunos colegas una serie de reflexiones surgidas a partir del nombre asignado al panel, la propia circunstancia de la comunicación en América, y el concepto de paradigma.

Este artículo es producto de la ponencia que presenté entonces, la que recibió el beneficio de haber sido enriquecida posteriormente, con los puntos de vista de los colegas que participaron en la reunión. Es por ello que este trabajo tiene como objetivo central recuperar aquella discusión y responder algunas preguntas que surgieron a partir de la participación en ese panel. Las preguntas se refieren básicamente a tres aspectos: los paradigmas comunicativos en el contexto latinoamericano; el momento actual de construcción de la llamada sociedad de la información (SI), y una reflexión de cierre, no menos actual, acerca del lugar que ocupa la comunicación en las ciencias sociales.

Antes de abordar estos tres aspectos creo importante aclarar que nuestro campo de conocimiento es dinámico, ya que el proceso de comunicación como objeto de estudio está profundamente influenciado por innovaciones tecnológicas, por aspectos creativos y expresivos, y desde luego por la base política, económica y social de los ámbitos concretos en los cuales se lleva a cabo. Ello hace que las investigaciones sobre esta materia se desgranen en temas diversos, con enfoques singulares y realidades cambiantes a cuyo conocimiento hemos contribuido. Sin embargo, esta riqueza de enfoques junto con otro tipo de razones, ha impedido en algunos casos el seguimiento de ciertos temas y la profundización de otros, lo que se ha traducido en la falta de reconocimiento de la comunicación como una disciplina con un corpus teórico y metodológico que aunque incipiente, refleja un camino recorrido e indica la pertinencia de seguir trabajando en este enfoque disciplinar. Adicionalmente, es imprescindible un trabajo profundo para integrar ese corpus teórico-metodológico con fines de difusión, de tal manera que contribuyamos a fortalecer la identidad de nuestro campo de conocimiento desde la mirada de otros ámbitos científicos.

### La comunicación desde América Latina

La convocatoria al panel me sugirió algunas preguntas. La primera fue si realmente han existido paradigmas comunicativos en América. Revisando someramente lo que ha sido la construcción teórica de la comunicación, mi respuesta personal a esta interrogante fue no. Aceptarla o responder sí, es tanto como afirmar (siguiendo a Thomas Khun) que

desde nuestro campo de conocimiento fuimos capaces de elaborar ideas, propuestas, de carácter estructurante para todo el conjunto de la sociedad y que, además, estas ideas o propuestas se transformaron en elementos centrales de la sociedad de su tiempo. Esto, en el mejor de los casos, nos exige ubicar tales ideas estructurantes en una dimensión histórica, con lo cual surgen interrogantes secundarias: si han existido paradigmas comunicativos en América, ¿cuándo existieron?, ¿en qué circunstancias surgieron?, ¿cuáles eran las condiciones sociopolíticas y culturales de esa época?

Actualmente existe una coyuntura (a la que me referiré más adelante), que podría hacernos pensar que estamos construyendo un paradigma y no sólo en América. Me refiero a la sociedad de la información que tiene uno de sus ejes en los procesos informativos y comunicativos. Sin embargo, a pesar nuestro, esta sociedad parte de otro ámbito: los organismos internacionales, las naciones desarrolladas, las metas económicas y el modelo político económico neoliberal. Así, el carácter estructurante de este modelo social, a pesar de su nombre, está puesto más en razones de orden político-económico y mucho menos en las comunicativas. Además, se trata de un proceso en construcción, impulsado desde ciertos intereses, que busca imponer ideas rectoras para este tiempo.

Enseguida me formulé una segunda pregunta: ¿De qué América estamos hablando? ¿La del norte? ¿La del sur? ¿La industrializada o la que está en vías de desarrollo? ¿Del continente americano? ¿Del país que se ha apropiado del nombre de todo un continente?¹

Sin duda América encierra muchas perspectivas y también muchas lecturas, por ello a partir de una identificación básica (de aspectos históricos, políticos, sociales, económicos o culturales) prefiero referirme a los estudios y propuestas sobre comunicación desarrollados en América Latina. Lo planteo de este modo porque reconozco la identidad de una región en la que países colonizados hace varios siglos, siguen debatiéndose en sus propias definiciones de orden político y económico, pero que suelen estar más claros y más cercanos en sus concepciones culturales. Esta región, reconocida como Latinoamérica, ha escrito para mí una larga historia relacionada con la comunicación, historia que incluso se empieza a delinear antes de que teorizáramos sobre los procesos comunicativos. Sus raíces cul-

¹ Esta reflexión me llevó incluso a pensar que, al fin y al cabo, el propio nombre de nuestro continente, América, parece estar determinado desde sus orígenes por el signo de la usurpación: la que Américo Vesputio hizo a Cristóbal Colón, al imponer su nombre a la región descubierta.

turales están entretejadas por formas múltiples de comunicación: có-dices, pintura, escultura, arquitectura, música, danza, fiestas, poesía, en fin, lo que fueron los medios de entonces.

Como sabemos, la identidad es siempre relacional, está ligada a parámetros históricos y comparte campos de significaciones que son los que permiten el entendimiento. En este contexto podemos decir que América Latina es un continente expresivo, que lo comunicativo es parte de su identidad y sus formas de relación. Las demás culturas así lo reconocen. ¿Podríamos considerar a esto un paradigma? Tal vez porque es estructurante y define la orientación social, pero, ¿lo es a nivel científico?

Aunque difícilmente podemos responder de modo afirmativo a esta última pregunta, podemos en cambio expresar que América Latina como región, conformada por países en vías de desarrollo y subdesarrollados, desde la perspectiva científica de la comunicación ha abrazado, criticado, analizado, y enriquecido, algunos paradigmas teóricos provenientes sobre todo de Estados Unidos y Europa.

En lo personal, reivindico para nuestra región la perspectiva de la comunicación alternativa, emparentada con la teoría de la dependencia e igualmente desplazada. Entiendo lo alternativo como una comunicación contestataria, de respuesta al poder hegemónico, que alterna con los discursos oficiales. Este tipo de comunicación, sin embargo, ha sido más aplicada, practicada que estudiada, porque lejos de abundar en reflexiones de orden teórico, fue rápidamente desafiada mediante argumentaciones poco sólidas. Entre ellas destaca la idea de ubicar a lo alternativo, de inicio, en un lugar secundario, y por lo tanto sin posibilidades de enfrentarse a lo hegemónico u oficial. David contra Goliath. Si bien es cierto que esta premisa parte de la observación de los mensajes y los medios que formaban parte de lo alternativo—en general, minúsculos si se los mide en términos de penetración, fuerza económica de los emisores e incluso por la factura modesta de los mensajes—también es cierto que no se realizó una valoración cualitativa del poder simbólico de estos contenidos.

A 30 años de la propuesta de la comunicación alternativa podemos afirmar sin temor a equivocarnos que estos mensajes contestatarios no sólo han sobrevivido a lo largo de este tiempo, sino que han adquirido nuevas formas (muchas de ellas originales y novedosas), lo cual les ha dado un lugar en el universo comunicativo a pesar de la creciente fuerza económica y de penetración de los consorcios mediáticos.

Algunos movimientos sociales de los últimos años (el EZLN, los globalifóbicos; los opositores al Acuerdo de Libre Comercio de las Américas, ALCA; los grupos defensores de derechos humanos o de temas específicos como las mujeres, los homosexuales y la ecología, entre muchos otros) han echado mano de la comunicación alternativa desafiada en los años setenta y ochenta, para darse a conocer y llegar a ocupar un lugar en el mapa discursivo de la sociedad actual. Podemos incluso atribuir parte del éxito de los movimientos de la sociedad civil a un uso adecuado de la comunicación alternativa (aunque ahora no la llamemos así), al menos en la etapa de colocar ciertos temas en las agendas políticas nacionales e internacionales.

Junto con las propuestas de la comunicación alternativa cabe revalorar también el reclamo por un nuevo orden informativo internacional, conocido como NOII (Nuevo Orden Informativo Internacional), o NOMIC (Nuevo Orden Mundial de la Comunicación y la Información). América Latina y el resto del entonces llamado Tercer mundo, fueron quienes dieron vida a esta propuesta que defendía la existencia de flujos informativos más equitativos. El interés del NOMIC, sin embargo, se centró básicamente en la información de carácter periodístico, para la cual se pedía una mejor distribución, fuentes e interpretaciones más plurales, así como una necesaria contextualización de lo que se informaba. Entonces no se dio gran relevancia a los programas de entretenimiento que hoy en día son los más globalizados, quedando lo informativo para un plano más local, excepción hecha de las grandes cadenas mundiales de la información, entre las que CNN ocupa el lugar de liderazgo.

El NOII es un esfuerzo inconcluso que, como sabemos, tiene en el Informe McBride, *Un sólo mundo voces múltiples* (1980), su punto más álgido y visible. El documento, plagado de intenciones y buenos deseos pero con pocos planteamientos concretos para dar respuesta a los reclamos, nos dejó no sólo una asignatura pendiente, sino una suerte de bola de nieve que fue creciendo, alimentada con todo tipo de exclusiones e inequidades tanto en lo informativo, como en lo formativo y en lo cultural. Si pensamos en los grandes emisores, los flujos informativos no son mejores ahora que entonces, además, la evolución de los medios (sobre todo los electrónicos) se ha dado hacia el entretenimiento, donde se repite la inequidad en los flujos de programas. Cabría así, ampliar las intenciones del NOMIC, destacando la importancia del entretenimiento, y por supuesto, darle una lectura a partir de la realidad que imponen las nuevas tecnologías de información, en especial internet.

Respecto a la investigación que se realizaba acerca de la comunicación a finales de los años setenta, el informe McBride decía algo que parece que no ha cambiado mucho en el cuarto de siglo que ha transcurrido desde su publicación:

Las investigaciones sólo han sido realizadas en gran escala en un pequeño número de países industrializados. Por consiguiente, los países en desarrollo no han podido disponer sino de un pequeño número de fuentes y de una gama restringida de métodos para encontrar soluciones que puedan aplicar a sus problemas concretos de comunicación; en cuanto a su propia capacidad de investigación, al respecto, es muy limitada. (...) Las circunstancias históricas en las cuales se ha desarrollado en esos países, la investigación ha contribuido a crear una situación de dependencia, agravada por la inadaptación de las investigaciones extranjeras a sus propias necesidades, al paso que los modelos teóricos y metodológicos de los países desarrollados siguen sirviendo de referencia en la investigación y en la enseñanza. (McBride, 1980: 386)

Más allá de las divergencias entre positivistas y críticos, de las influencias de la semiótica, la lingüística, la escuela de Frankfurt o del Funcionalismo, América Latina ha ido construyendo sus estudios de comunicación atravesados por la idea de la desigualdad. No es casualidad que buena parte de las investigaciones sobre los emisores, su poder económico, su capacidad de concentrar decisiones en materia de información y comunicación, hayan tenido su inicio en esta región. A través de alianzas, inversiones o asociaciones, estos emisores pusieron al descubierto un tema y fue desde la desigualdad latinoamericana que se los empezó a estudiar. Es por ello que la economía política de la comunicación tiene una gran deuda con nuestra región que, siempre acosada por los monopolios mediáticos, los analizó, estudió e incluso repudió.<sup>2</sup> Estos estudios tuvieron más adelante un espacio como perspectiva de análisis dentro del campo de conocimiento de la comunicación, adquiriendo también un nombre propio: economía política de la comunicación.

Si damos entonces a la noción de paradigma una acepción amplia<sup>3</sup>, desde mi perspectiva podemos reivindicar para América Latina los tres temas que acabo de enunciar: la comunicación alternativa, el nuevo

orden informativo internacional y los inicios de una incipiente economía política de la comunicación.

### **La sociedad de la información como contexto actual**

Me he referido brevemente a lo que considero las contribuciones que América Latina ha realizado a los paradigmas comunicativos, sin embargo, esas aportaciones tienen carácter histórico y escapan a los procesos y contribuciones que están teniendo lugar ahora como parte de la construcción de la SI.

Para algunos analistas este tipo de sociedad constituye un nuevo paradigma social, por cuanto atraviesa la cultura de nuestro tiempo, es estructurante y promueve ideas centrales para la sociedad actual. Desde mi punto de vista se trata de un paradigma que no emerge naturalmente como sería de esperarse en una visión clásica, sino que surge impulsado por los países industrializados y ciertos organismos internacionales (el Banco Mundial, BM; la Organización de Cooperación para el Desarrollo, OCDE; el Banco Interamericano de Desarrollo, el BID; y la UNESCO, entre otros) que pretenden ver en este tipo de organización social una posibilidad de progreso, semejante a lo que ocurrió en otros momentos históricos (con el desarrollismo, por ejemplo). En este complejo contexto la comunicación se reposiciona, abarcando situaciones y actividades de los individuos que no eran propias de nuestro campo de análisis, como lo son los procesos de virtualización en el trabajo, en la escuela o en las relaciones interpersonales, así como una mediatización creciente de las actividades humanas. Aunque el punto de partida de este paradigma se sitúe en el modelo político económico neoliberal, es reconocible que el acento está puesto en la informatización de las sociedades, a fin de transformar, a partir de ello, su economía, su educación, los sistemas productivos, sus prácticas sociales y sus formas culturales.

La clave de la SI es el uso de las redes, o sea de la convergencia tecnológica de tres sectores: informático, telecomunicaciones e industrias audiovisuales, proceso que tiene en internet su cara más visible, al menos por ahora. Si consideramos (a pesar de que es necesario profundizar este análisis y caracterización), que internet es un medio de comunicación de triple dimensión (personal, intermedio y masivo), vemos que la comunicación está en el centro mismo del cambio que estamos viviendo. No obstante, si las metas para construir este tipo de sociedad son similares para todo el planeta, el punto de partida no lo es: existe un abismo digital reconocido, que no es más que la diferencia entre ricos y pobres (países y seres humanos) para acceder a los beneficios de los nuevos medios.

<sup>2</sup> Vale la pena recordar aquí, por sólo mencionar algunos, los trabajos realizados por Heriberto Muraro, Armand Mattelart o de la obra colectiva *Televisa quinto poder*, coordinada por Ratil Trejo Delarbre.

<sup>3</sup> O sea, que no pretendemos conceder a los paradigmas comunicativos la capacidad de elaborar ideas, propuestas de carácter estructurante para todo el conjunto de la sociedad, las que se transforman en elementos centrales del orden social de su tiempo.

La identificación y reconocimiento de este abismo digital por parte de los impulsores de la SI no ha hecho más que desvirtuar el propio proceso de construcción de un paradigma, ya que la preocupación es dotar de bases tecnológicas a los menos favorecidos para que accedan a las redes, dejando en un segundo y confuso lugar la integración cultural, democrática y social. En este sentido, si bien la comunicación debería ocupar un lugar destacado, está lejos de instalarse como un tema de análisis científico. Hasta el momento, los estudios sobre los procesos de cambio que trae aparejada la SI, se circunscriben a estudios aislados y de casos. Esto no quita, sin embargo, que el tema se haya colocado en la agenda, transformándose en un interés de moda que ha llevado a algo que la comunicación reconoce en su corta vida: la circularidad de los conocimientos sobre su campo de estudio, el ensayismo, la citas recurrentes, las referencias obligadas que impiden desbrozar el terreno y definir las nuevas categorías que emergen del uso y apropiación de las tecnologías de información y comunicación.

Lo que llamamos academia (ese aparato que adjudica legitimidad y prestigio a los saberes y también dice cuáles son) es diestra en la tecnología de la reproducción: generaliza todo lo que toca. Se podría decir también que la academia es igualadora porque, para estar en ella, casi todo el mundo hace lo mismo, sigue las mismas tendencias de un mercado simbólico especializado cuyas dimensiones son, por lo menos, las de occidente. (Sarlo, 2000:77).

De esta forma, si la construcción de la SI está lejos de ser paradigmática debido a las profundas exclusiones que genera, lo está todavía más de ser propiedad de nuestro campo de conocimiento. Incluso el nivel de acceso de los países a los beneficios de la convergencia tecnológica, está medido con indicadores técnicos a los que se confiere gran importancia. Por ejemplo y a manera de referente, cifras relacionadas con ese tipo de acceso nos permiten ubicar la importancia de la SI como proyecto general de progreso para la sociedad del siglo XXI, así como los lugares que ocupan algunos países de América Latina en este proceso. En un *ranking* de 50 países del mundo sobre las condiciones de acceso a la sociedad de la información, dado a conocer por la Organización Internacional de Telecomunicaciones en 2003 pero elaborado a partir de cifras recabadas en 2002, Argentina es el país mejor posicionado (lugar 31 de la lista) entre las naciones de América Latina y el Caribe.<sup>4</sup>

<sup>4</sup> No es difícil suponer que estos datos son anteriores a la crisis experimentada por Argentina a finales de 2001, que llevó a disminuir el número de usuarios domésticos de internet, entre otros factores adversos en materia de telecomunicaciones derivados de los problemas económicos.

Lo siguen Chile en el lugar 33, Costa Rica en el 36, Panamá en el 37, Venezuela en el 39, para llegar por fin a México, ubicado en el lugar 42. En esta misma información descubrimos que muchos de los países de la región están fuera de los 50 lugares que integran el *ranking*: todos los del Caribe, más del 60 por ciento de los de América Central y 46 por ciento de los de Sudamérica.

Estas cifras (hay otras fuentes que arrojan indicadores similares) muestran la precariedad que existe en América Latina en materia de sistemas de telecomunicaciones y medios, o más concretamente de convergencia tecnológica. El contexto histórico de la región, reflejado en su realidad económica, nos proporciona un presente de limitaciones al que se está dando dos tipos de respuestas: desde los programas gubernamentales se busca acortar la llamada brecha digital, aportando más infraestructura tecnológica de acceso y desde la sociedad civil se crean y establecen mecanismos alternativos de participación.

¿Cuál sería hasta ahora la contribución latinoamericana a este proceso de construcción de la SI? Podemos apuntar algunas contribuciones que aunque no lleguen a ser paradigmáticas, representan temas de interés para la investigación. La primera de ellas es el papel renovado de la comunicación alternativa, ahora en las voces de la sociedad civil y de los llamados nuevos sujetos sociales, ayudados en la mayor parte de los casos por contradiscursos informativos de la red de redes, que permiten ofrecer a los receptores puntos de vista, contextualizaciones y ángulos singulares de los hechos.

La segunda se refiere a los modos novedosos de acceso a las redes (cabinas públicas, cibercafés, cafés internet, telecentros, así como el aprovechamiento múltiple de infraestructura personal o institucional), ya que la sociedad latinoamericana ha encontrado caminos para hacer uso de las redes sin recurrir a la compra directa de la tecnología. El crecimiento de las corporaciones tanto de la parte dura de la convergencia (hardware) como de su parte lógica o blanda (software) y su tendencia a la monopolización de productos y servicios, encuentra en las formas de apropiación colectiva un modo alternativo para apropiarse de las nuevas tecnologías.<sup>5</sup> Estas apropiaciones colectivas hacen frente a la escasez de recursos materiales y hablan de un contexto histórico y cultu-

<sup>5</sup> Esta situación ha llevado incluso a que se promovieran programas de financiamiento de tecnología doméstica, muy atractivos para los usuarios, que no han impedido que el uso individual conviva con el otro tipo de apropiación. Por ejemplo, en Argentina, después de la crisis desatada en diciembre de 2001, la más grande que ha tenido un país sumido en crisis desde hace décadas, llevó a que muchos usuarios suspendieran los servicios domésticos de internet, pero en cambio aumentó el acceso público a través de los llamados Locutorios.

ral que va más allá de lo tecnológico. Las condiciones culturales, como decía al principio, indican que América Latina es una región comunicativa desde sus orígenes y a través de expresiones diversas. Esta tradición se recupera en el proceso de construcción de la sociedad de la información, anteponiendo el uso colectivo, comunitario, familiar, a la tendencia individualizante que marca el modelo neoliberal vigente.

Una tercera contribución es la recuperación del análisis de los nuevos medios a partir de la economía política de la comunicación, que reivindica el punto de vista de las organizaciones industriales en el manejo de los medios y la información. Este tipo de estudios, aún incipientes en el tema de la SI, denuncian alianzas, compras y acuerdos entre emisores que casi siempre resultan opacos o desconocidos para los receptores. Su análisis permite descubrir la intencionalidad de ciertos discursos y poner al descubierto los intereses de las corporaciones mediáticas.

Finalmente, una cuarta contribución está referida a un modo novedoso de producir información (periodismo cívico u horizontal) que rompe con las rutinas de producción establecidas por los medios, las que han contribuido a crear una suerte de esclerosis en el tratamiento, producción y difusión de las noticias. Sin duda esta corta lista de contribuciones se irá enriqueciendo con el tiempo (internet apenas acaba de cumplir 10 años) en tanto que otras tendencias irán cobrando cada vez más fuerza, como es la circulación horizontal de información periodística, entre otras.

Así, desde mi punto de vista, en los albores del siglo XXI la relación de la comunicación con la sociedad permite descubrir por lo menos tres tipos de sociedad de la información, que conviven y se entremezclan:

1. La simbólica o discursiva, o sea la prometida por el discurso hegemónico como llave para alcanzar el desarrollo.
2. La real, caracterizada por desigualdades y diferencias en el acceso y apropiación de las redes, en la cual sólo un sector pequeño de la población se ha apropiado de la convergencia a través de accesos personalizados o compartidos.
3. Y la de la exclusión (también real, pero menos reconocida o aceptada) donde permanecen intactas las prácticas sociales y culturales de la sociedad industrial e incluso preindustrial.

La comunicación agrega así a su lista de pendientes una nueva modalidad de acción, de la cual es eje, que no elimina sus temas anteriores sino que los hace más complejos y los diversifica. Como dice Bernard

Miège, la convergencia tecnológica produjo dos grandes cambios en materia de comunicación: a) la creación de una industria fuerte que llegó incluso en algunos momentos a ser indicador de las economías nacionales; y b) situarse como proceso de acompañamiento de las actividades productivas, educativas y organizativas de la sociedad.<sup>6</sup> Es en este proceso de acompañamiento que identifica Miège donde hay más trabajo por hacer y donde la comunicación tiene un abanico de temas novedosos para su estudio.

Podemos asociar este acompañamiento de los procesos comunicativos con las definiciones que realiza Robert Reich acerca de las ocupaciones en la nueva sociedad de la información, en las cuales distingue tres tipos: los servicios de producción rutinaria, los servicios personales y los simbólico-analíticos. Dado que entre los primeros el autor ubica la producción rutinaria de bienes para el mercado mundial, los países dependientes estarían cumpliendo prioritariamente este papel. El segundo sector, más reducido, se dedica a atender necesidades personales de un mercado en crecimiento, asociado a las premisas de satisfacción del cliente y justo a tiempo. En el tercer grupo de servicios simbólico-analíticos están quienes trabajan con las redes, manipulando información, datos, palabras, símbolos (Reich, en Micheli, 2002).

Tanto en los países de la región y como en otros periféricos, los dos primeros grupos de trabajadores tienen una presencia mayor en los sistemas productivos que los últimos (una sociedad de la información real y con exclusiones). Los trabajadores del sector simbólico analítico conforman un grupo aún pequeño por las propias condiciones estructurales de los países, transformando a la SI en un *desideratum*, pero son al mismo tiempo los trabajadores que en términos de Miège realizan funciones de acompañamiento y cuya formación tiene mucho que ver con la comunicación.

La sociedad de la información como *desideratum* forma parte de desafíos de la investigación actual de nuestro campo de conocimiento, lo que se manifiesta tanto en estudios de emisores, como de mensajes o receptores, por sólo indicar los ejes a partir de los cuales suele distinguirse nuestro objeto de estudio. También representa una meta en la formación de recursos humanos capaces de incorporarse a este sector de trabajadores simbólicos.

<sup>6</sup> Cfr. Becerra, Martín, *Las industrias audiovisuales ante la revolución informacional*, entrevista realizada a Bernard Miège, Voces y Culturas, núm. 14, Barcelona, España, II Semestre, 1980, pp. 143-162.

Pero hablar de los paradigmas comunicativos implica también reflexionar sobre el lugar del campo de conocimiento de la comunicación en el contexto de las ciencias sociales, un lugar que se fue delimitando a partir de exclusiones y que ha experimentado los vaivenes propios del área.

### **La comunicación en el marco de la crisis de las ciencias sociales**

El tercer aspecto que deseo abordar en estas reflexiones es el lugar que ocupa la comunicación en la crisis que experimentan las ciencias sociales. Si bien la comunicación ha ocupado un lugar incierto dentro del conjunto de las ciencias sociales, ya que como es sabido no goza de legitimidad ni se le reconoce una identidad propia, participa de su dinámica (investigaciones e investigadores de la comunicación son evaluados en el área de las ciencias sociales, por ejemplo). Dicho en otros términos: aún cuando las ciencias sociales sean renuentes a acoger a la comunicación como una disciplina más, nuestro campo de conocimiento participa y comparte las crisis de esta área.

Gilberto Giménez (2002) analiza, a partir de la sociología, la crisis de las ciencias sociales. Destaca que la sociología le lleva más de un siglo de ventaja a la comunicación<sup>7</sup> y la ubica en cuatro momentos dentro del ciclo histórico de las ciencias sociales:

1. La fase clásica o fundacional, en la que la sociología se presenta como una ciencia con pretensiones de abarcarlo todo.
2. La fase neoclásica o de expansión, en la que se enriquece el patrimonio de la etapa anterior.
3. La fase de especialización, etapa durante la cual se fragmenta en diversas disciplinas. Para los sociólogos es en esta etapa cuando aparece la comunicación como subdisciplina o gran tema de estudio.
4. Y la fase de hibridación o amalgamación (que no es igual a interdisciplinariedad), entre disciplinas fronterizas o entre segmentos de disciplinas.

Según este autor el cuarto momento es el del presente, ciclo en el cual las ciencias sociales no sólo buscan amalgamar disciplinas afines, sino que en términos de su ámbito de estudio, han pasado de lo local a lo universal, de lo nacional y a lo global. Para hablar de este cuarto periodo, Giménez retoma a Immanuel Wallerstein, quien sostiene que a pesar de la crisis que experimentan las ciencias sociales, se trata de un momento prometedor. Wallerstein afirma que incluso los científicos

<sup>7</sup> Mientras la sociología nace a finales del siglo XIX, la comunicación marca sus orígenes en la segunda década del siglo XX.

de la complejidad hablan un lenguaje cercano al de las ciencias sociales, en tanto que los partidarios de los estudios culturales hacen lo mismo: piensan que valores y juicios están socialmente condicionados. El modelo de conocimiento se vuelve centrípeto, ya que los dos extremos se mueven hacia un punto intermedio ocupado por las ciencias sociales (Wallerstein, en Giménez, 2002). Esta preeminencia de las ciencias sociales es bastante clara en el ámbito de la comunicación, ya que a pesar de su falta de legitimidad científica aparece en muchos de los análisis sociales y sirve para explicar los diversos sucesos actuales.

¿Es posible encontrar en la breve historia de la comunicación las etapas por las que pasó la sociología? Si la respuesta a esta pregunta fuera afirmativa estaríamos apenas en una etapa fundacional, en la cual tenemos una ciencia que pretende abarcarlo todo, aún cuando no haya desarrollado (como la sociología en su momento), los instrumentos adecuados para ello. Podríamos también pensar que estamos en la segunda etapa, cimentando los conocimientos producidos al interior del campo e incluso precisando su objeto de estudio. Y debido a que nuestro campo de conocimiento no sólo tiene especializaciones sino que de algún modo nace especializándose en ciertos aspectos del proceso comunicativo (los emisores primero, los mensajes luego) y también centrándose en ciertos temas (la comunicación política, por ejemplo), podríamos llegar incluso a ubicarnos en la tercera etapa, ya que participa de procesos de hibridación. Viendo el problema desde otro ángulo, si aceptamos la propuesta de la sociología según la cual la comunicación nace en su tercera etapa como un subtema o subdisciplina, estaríamos iniciándonos como disciplina independiente a partir de su fragmentación.

Ambos argumentos pueden ser fácilmente cuestionados. El primero, porque no necesariamente la comunicación debe pasar por las etapas que ha vivido la sociología. En este sentido cabría desde nuestro propio campo de conocimiento analizar su desarrollo y tal vez proponer etapas, si las hay. El segundo, porque el objeto de estudio comunicación así como su origen y desarrollo, rebasan el campo de la sociología, por cuanto existen interrogantes que no se resuelven desde esa disciplina. Sabemos que la psicología, la ciencia política, las matemáticas, la lingüística, entre otras disciplinas, tuvieron influencia en diferentes etapas del desarrollo teórico de la comunicación. Por otra parte, existen aspectos del proceso comunicativo que quedan al margen del enfoque sociológico (las rutinas de producción en los medios, los aspectos creativos y expresivos, la perspectiva económica, en parte la psicología de los receptores, la incorporación de las innovaciones tecnológicas al proceso de comunicación, entre otros).

Aunque la comunicación no escape a la crisis generalizada de las ciencias sociales, esta crisis en nuestro campo de conocimiento adquiere otras características. Si bien el punto de vista de la comunicación está cada vez más presente en análisis que se realizan desde otras disciplinas, a la vez que más científicos sociales incluyen en sus investigaciones la perspectiva comunicativa o directamente estudian temas de comunicación, no estamos exactamente ante una hibridación o amalgamación. Considero que se trata más bien de un proceso de subordinación de nuestro campo de conocimiento a otros, dependencia que suele partir de la ignorancia sobre lo realizado hasta ahora. Pocos científicos sociales reconocen nuestro corpus teórico y las aportaciones metodológicas, pocos han leído los resultados de innumerables estudios empíricos y algunos incluso plantean como novedad ideas y reflexiones superadas en nuestro ámbito.<sup>8</sup> Las voces que vienen de otras disciplinas, a veces improvisadas en términos de comunicación, suelen ser mejor escuchadas que las de quienes formamos parte del campo.

Pero esta indiferencia que se manifiesta desde otras áreas hacia los progresos obtenidos en nuestro campo de conocimiento se debe sólo en parte al desconocimiento de esas contribuciones. Se origina también en la desarticulación en la que aún se encuentran nuestras aportaciones. Construir una historia del desarrollo del campo de conocimiento de la comunicación, con sus principales hallazgos y aportaciones (enfaticando en nuestro caso las contribuciones latinoamericanas) no sólo es asignatura pendiente, es también un instrumento indispensable a desarrollar para ir labrando una identidad más sólida del campo y por lo tanto, un mayor reconocimiento desde afuera.

La relación de la comunicación con la sociedad en los albores del siglo XXI no sólo es compleja, también es creciente e imprescindible. Y es una relación que puede sacar fuerza de sus debilidades, ya que a la resistencia que las ciencias sociales han manifestado acerca de la independencia del campo de estudio de la comunicación, podemos oponer nuestra experiencia de vinculación con otras disciplinas. Esta experiencia, que hemos desarrollado desde los orígenes, puede sernos útil para amalgamar puntos de vistas y recuperar la herencia de otras disciplinas así como también la nuestra propia, sea o no constructora de paradigmas.

---

<sup>8</sup> No puedo dejar de mencionar en este contexto, la obra de Giovanni Sartori (1998), *Homo videns. La sociedad teledirigida*, editorial Taurus, México. Sartori, jugando desde el campo de conocimiento de la política (lo que tal vez es su única novedad) habla de la comunicación. Y lo hace para sorpresa de muchos, con extraordinario éxito no sólo en términos de los volúmenes vendidos de su libro, sino por las veces que se le cita para explicar situaciones que en el ámbito de la comunicación no sólo fueron tratadas con anterioridad sino que resultan lugares comunes.

## A manera de cierre: metas y desafíos

No obstante la emergencia de la información como un elemento crucial de los cambios sociales que experimentamos, persisten problemas viejos a la vez que surgen otros nuevos. La situación real de inicios del siglo XXI indica que otra vez los estudios de comunicación están marcados por las exclusiones, por las diferencias, por la escasa legitimidad de un campo de conocimiento que busca su independencia.

La falta de reconocimiento (interno y externo) del campo de estudio de la comunicación, las confusiones sobre las fronteras disciplinarias (que no es lo mismo que su porosidad para investigar desde otra dimensión), bajos salarios, presupuestos limitados para la investigación y difusión de los conocimientos, son entre otros, factores que podemos considerar dentro de los viejos problemas del campo. A esto se suma lo nuevo: una sociedad cuyo modo de ser es comunicacional pero a la cual no se le otorgan los recursos ni la legitimidad para estudiar este modo de ser desde su propia perspectiva.

“Las ciencias sociales se practican mayormente en una pequeña área del mundo, aunque por cierto la más rica. Esta situación distorsiona el análisis sociológico estructuralmente”, dice Wallerstein (en Giménez, 2002: 9). Y agrega que es necesario contar con un sistemático desplazamiento de los fondos de investigación hacia la periferia del mundo, sugerencias que también son aplicables a las exclusiones internas. En efecto, como ya lo apuntaban décadas atrás Pablo González Casanova, Rodolfo Stavenhagen, José Matos y Julio Cotler, el colonialismo interno impide dar cuenta de una sociedad que se construye de manera desigual al interior de las naciones, las que poseen una dinámica cultural propia según sus regiones.

Se repite con insistencia y a veces con poco sustento que comunicación es una carrera de moda. No obstante, estamos frente a un despropósito: somos muy pocos para atender el análisis de un entorno que se antoja gigantesco. Incluso las nuevas generaciones no representan una vía de solución: entre los estudiantes de comunicación, bien lo sabemos, son pocos los que se dedicarán a la investigación y menos todavía los que harán investigación científica. En el mejor de los casos irán a parar a departamentos investigativos instrumentales, como son los estudios de mercado, el *marketing* político, las encuestas, los estudios de opinión.

Es por todo lo anterior que, tal vez, en lugar de reflexionar si hemos o no generado paradigmas (con todo lo que ello significa), para la comunicación es importante pensar cómo recae en nuestro campo

específico de trabajo la crisis que experimentan las ciencias sociales, cómo incidimos en la construcción de una sociedad que se dice atravesada por procesos informativos y comunicativos. También debemos pensar en nuestros propios mecanismos de creación de conocimiento.

Se afirma que estamos entrando en un nuevo espacio de imaginación y de investigación: lo global. Es en este ámbito donde se ubica actualmente la investigación, pero la perspectiva latinoamericana se coloca lejos de la meta por razones económicas, de exclusión y a veces de censura, lo cual cierra el paso a muchas lecturas desde nuestra realidad concreta. Si estamos entrando a un nuevo espacio de imaginación y de investigación cuyo ámbito es nada menos que lo global, como investigadores latinoamericanos de la comunicación tenemos el compromiso de dar cuenta de lo local, lo regional, colocándolo en el plano de lo global. Desde América Latina tenemos además, el compromiso de dar cuenta, hoy como siempre, de las desigualdades que se producen en nuestro ámbito específico de estudio.

Tal vez no se trata de imponer paradigmas sino tan sólo de seguir la idea que expresa Guillermo O'Donnell sobre lo que es un intelectual:

Los intelectuales somos molestos. Somos también grandes privilegiados que tenemos la posibilidad de enseñar, investigar y escribir. Estoy persuadido que este privilegio marca una especial obligación en una región de tanta desigualdad y tanta pobreza: ayudar al logro de sociedades decentes, en las que todos tengan al menos un piso básico de necesidades materiales, sociales y culturales satisfechas y en las que nadie sea discriminado o humillado (O'Donnell, 2003: 13).

## Bibliografía

- Becerra, Martín, *Las industrias audiovisuales ante la revolución informacional*, entrevista realizada a Bernard Miège, Voces y Culturas, núm. 14, Barcelona, España, II Semestre, 1980, pp. 143-162.
- Forum Internacional América Latina y Caribe en la Sociedad de la Información, *Sociedad de la Información en América Latina y el Caribe: Indicadores e iniciativas*, <http://www.oit.org> OIT, Brasil, septiembre del 2002. Fecha de consulta: mayo del 2003.
- Giménez, Gilberto, *El debate contemporáneo de las ciencias sociales*, Mimeo, México, 2002.
- McBride, Sean, *Un sólo mundo voces múltiples. Comunicación e información en nuestro tiempo*, UNESCO-Fondo de Cultura Económica, París, Francia, 1980.
- Micheli Thirió, Jordi, *Digitofactura: flexibilización, internet y trabajadores del conocimiento*, Comercio Exterior, Vol. 52, Número 6. México, pp. 522-536, Junio de 2002.
- O'Donnell, Guillermo, *Ciencias sociales en América Latina. Mirando hacia el pasado y atisbando el futuro*, Latin American Studies Association, LASA, Volumen XXXIV, No. 1. USA, 2003.
- Sarlo, Beatriz, *Siete ensayos sobre Walter Benjamin*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2000.